

con acento

Carreteras violentas

Juan A. Irazabal

El goteo continuo de víctimas de la carretera no suscita protestas ni manifestaciones. No se trata de una hecatombe concentrada (un avión que se estrella con 300 pasajeros a bordo), ante la que opinión y los responsables públicos buscan las causas y las soluciones. Aquí, las circunstancias son en cada caso muy diferentes. Cada familia llora en silencio su desgracia. La vida sigue igual. Y las víctimas siguen cayendo con la terquedad de una ley estadística. ¿Fatalismo?

Pocas posturas son menos propias del hombre moderno que el fatalismo. ¿Quién se atrevería a hablar de «mal de ojo» o a admitir que este problema no tiene solución? Entonces, hay unos responsables. La responsabilidad individual de cada conductor siempre está en juego, aunque no siempre el accidentado sea culpable. Hay que admitir que la carretera es hoy el lugar privilegiado en el que se aprende a violar la ley con total impunidad, menos cuando

tienes la «mala suerte» de que te pillen. El porcentaje de conductores para los que la velocidad constituye una verdadera droga podría ser bastante alto, incluso entre personas cultas y con inquietudes morales. Se trata, pues, en primer lugar, de una responsabilidad personal.

Pero no cabe duda de que los Estados tienen en este tema cuentas pendientes con la sociedad. ¿No son acaso más severos cuando examinan con lupa las declaraciones de la renta? ¿Por qué autorizan la fabricación de unos vehículos que parecen diseñados para saltarse todas las limitaciones de velocidad? Buena parte de nuestra economía está montada sobre el automóvil, lo mismo que nuestra cultura. La vida sin el medio de transporte individual parece hoy imposible de imaginar. ¿No será éste el fatalismo de nuestros tiempos? ■